

Maestros del Periodismo

A CARGO DE **L'AR**

* * *

¡YO ACUSO!

El día de la absolución del Comandante Esterhzy, la redacción de "L'Aurore" tenía la vibración de un club jacobino. Allí estaban todos los Dreyfusistas notorios; Emilio Zola, la más alta cifra de las letras francesas de su época; Georges Clemenceau, quien más tarde sería el salvador de Francia en la primera guerra mundial, su hermano Albert Clemenceau, abogado y defensor de Zola, cuando el gobierno denunció el artículo y ordenó un proceso, Vaughan fundador del diario, Gustave Geffroy, Pelletan, Urbain Gohier, Lucien Descaves, Camille Mauclair, Charles Longuet, yerno de Carlos Marx. Buen equipo, saturado de inteligencia y bravura. Y entre ellos Georges Clemenceau, murmurando: esto era de prever. El Coronel Picquart tenía que haber roto ya su espada, para no chocar con la disciplina. Había cumplido con sus deberes de hombre honrado. Insistió cerca de sus jefes de la inocencia del Capitán Dreyfus, acusado por traición a la Patria, les hizo ver el grave error en que insistían al culpar a un inocente para salvar a un culpable; y de la terrible tormenta que se les venía encima cuando ya no pudieran ocultar más la verdad y es que ningún crimen político que haya conmovido los cimientos de la opinión pública puede quedar jamás sin resolverse, ya que, los hechos históricos, a través de todos los tiempos y circunstancias así lo han demostrado.

Emilio Zola interpelló al director del "L'Aurore" Georges Clemenceau:

¿Usted cree que sería necesario un acto de valentía y de ataque? Sí: el Comandante Esterhazy está protegido por el Ejército.

—Emilio Zola se levantó con un gesto de grave decisión.

—Mañana daremos ese golpe—, dijo.

Al día siguiente entró Zola a la redacción, llevando un puñado de cuartillas. Clemenceau, Vaughan, Geoffroy, escucharon la declamación de Zola.

—Esto es enorme!— gritó el director Georges Clemenceau, el editor Vaughan tomó la primera cuartilla: "Carta al señor Felix Faure, Presidente de la República".

—¡Ese no es un título!— exclamó.

—Pues ¿cuál pondría usted?— Preguntó Zola.

—El que ha puesto a lo largo del artículo: ¡YO ACUSO!

Ese título, era una lanza con una bandera, enclavada en la mitad de la plaza de la Concordia de París.

Emilio Zola, había dado un ejemplo de coraje cívico. . . Ni Francisco Voltaire, lo pudo igualar en su formidable defensa de Calas.

En seguida pasamos a ofrecer a nuestros lectores, los hechos esenciales de los últimos párrafos de su carta-artículo, al Presidente de Francia, Felix Faure:

Señor Presidente: El proceso de Dreyfus no es más que un asunto particular de las oficinas de guerra: un individuo del Estado Mayor, denunciado por sus camaradas del mismo cuerpo y condenado bajo la presión de sus jefes.

Por lo tanto, repito, no puede aparecer inocente sin que todo el Estado Mayor aparezca culpable. Por esto las oficinas militares, usando todos los medios que les ha sugerido su imaginación y que les permiten sus influencias, defienden a Esterhazy para hundir de nuevo a Dreyfus. ¡Ah!, qué gran barrida debe hacer el Gobierno republicano en esa cueva. ¿Cuándo vendrá el ministerio verdaderamente fuerte y patriota, que se atreva de una vez refundirlo, y renovarlo todo? ¿Conozco a muchas gentes que, suponiendo posible una guerra, tiemblan de angustia, porque saben en qué manos está la defensa nacional!

¿En qué albergue de intrigas, chismes y dilapidaciones se ha convertido el sagrado asilo donde se decide la suerte de la patria! Espanta la terrible claridad que arroja sobre el asunto Dreyfus; el sacrificio humano de un infeliz. ¡Ah! se han agitado allí la demencia y la estupidez, maquinaciones locas, prácticas de baja policía, costumbres inquisitoriales; el placer de algunos tiranos que pisotean la nación, ahogando en su garganta el grito de verdad y de justicia bajo el pretexto, falso sacrilego, de razón de estado. . . Es un crimen haber acusado como perturbadores de Francia a cuantos quieran verla generosa y noble a la cabeza de las naciones libres y justas, mientras los canallas urden impugneramente el error que tratan de imponer al mundo entero. Es un crimen explotar el patriotismo para trabajos de odio; y es un crimen, en fin, hacer del sable un dios moderno, mientras toda la ciencia humana emplea sus trabajos en una obra de verdad y justicia. . . Afirmando que esto es un crimen más que subleva la conciencia universal. Decididamente, los tribunales militares tienen una idea muy extraña de la justicia.

Tal es la verdad, señor Presidente, verdad tan espantosa, que no dudo que quede como una mancha en vuestro

gobierno. Supongo que no tengáis ningún poder en el asunto, que seáis un prisionero de la constitución y de la gente que os rodea; pero tenéis un deber de hombre en el cual meditaréis cumpliéndolo, sin duda, honradamente. No creáis que desespero del triunfo; lo repito con una certeza que no me permite la menor vacilación; la verdad avanza y nadie puede contenerla. Hasta hoy no principia el proceso, pues hasta hoy no han quedado deslindadas las posiciones de cada uno: a un lado los culpables que no quieren la luz; al otro lado, los que daremos la vida porque la luz se haga. Cuando más duramente se oprime la verdad, más fuerza toma, y la explosión será más terrible. Veremos cómo se prepara el más ruidoso de los desastres.

Señor Presidente, concluyamos, que ya es tiempo. Yo acuso al teniente coronel Paty de Clam como laborante —quiero suponer inconsciente— del error judicial, y por haber defendido su obra nefasta tres años después con maquinaciones descabelladas y culpables.

Acuso al general Mercier por haberse hecho cómplice, al menos por debilidad de una de las mayores iniquidades del siglo.

Acuso al general Billot de haber tenido en sus manos las pruebas de la inocencia de Dreyfus, y no haberlas utilizado, haciéndose por lo tanto culpable del crimen de lesa humanidad y de lesa justicia con fin político y para salvar al Estado Mayor comprometido.

Acuso al general Boisdeffre y al general Gonse por haberse hecho cómplices del mismo crimen, el uno por fanatismo clerical, el otro por espíritu de cuerpo, que hace de las oficinas de Guerra un arca santa, inatacable.

Acuso al general Pellieux y al comandante Ravary por haber hecho una información infame, una información parcialmente monstruosa, en la cual el segundo ha labrado el imperecedero monumento de su torpe audacia.

Acuso a los tres peritos calígrafos, los señores Belhomme, Varinard y Couard por sus informes engañadores y fraudulentos, a menos que un examen facultativo los declare víctimas de una ceguera de los ojos y del juicio.

Acuso a las oficinas de Guerra por haber hecho en la prensa, particularmente en L'Eclair y en L'Echo de París una campaña abominable para cubrir su falta, extraviando a la opinión pública.

Y, por último: Acuso al primer Consejo de Guerra, por haber condenado a un acusado, fundándose en un documento secreto, y al segundo Consejo de Guerra, por haber cubierto esta ilegalidad, cometiendo el crimen jurídico de absolver conscientemente a un culpable.

No ignoro que, al formular estas acusaciones, arrojé sobre mí los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de julio de 1881, que se refieren a los delitos de difamación. Y voluntariamente me pongo a disposición de los Tribunales. . . Y que me juzguen públicamente.

Así lo espero.

EMILIO ZOLA

TAGAROPULOS, S. A.

Colón: Apartado 443 — Zona Libre: Apartado 227

MAYORISTAS — IMPORTADORES Y PROVEEDORES DE BARCOS

FELICITACIONES AL OBRERO
NORTEAMERICANO EN EL DIA DE
SU INDEPENDENCIA

4 de JULIO de 1970

QUINTA COLUMNA. . .

(Viene de la Página 3)

en que todas las gentes sean anónimas! ¡En que nadie acuda, desolado, a los periódicos para hacerles saber que él fué el primero o uno de los primeros en cumplir con un deber de humanidad o en realizar un acto de oficio, y para pedirles que lo digan en letra muy clara a la mañana siguiente! ¿Qué importa el nombre del obrero, si la obra es fecunda y se realiza? Aquel día no se cincelarán estatuas; sobre los pedestales se alzarán en grupos alegóricos los grandes adelantos, las más sublimes concepciones artísticas. Se dirán las cosas lisas y llanamente, para persuadir y no para deslumbrar, y se habrán acabado los negros catedráticos y los cenáculos de pedantes. Y, entonces, como no habrá retratos, porque la fisonomía no es nada y el alma lo es todo; como no serán repetidos los nombres, porque las obras serán anónimas, el crimen tendrá un motivo menos: la vanagloria. Erostrato no se arrojará, decidido, al cráter, ni Omar quemará los sagrados estantes. Querrán sobrevivir en sus obras y tendrán que ser ellas buenas o no ser.

Proponer que los escritores no firmen, que los diarios no publiquen retratos, que se supriman en sus columnas los nombres propios. . . Quien a ello se atreviera sería diagnosticado como loco; pero todo ello se hará algún día, y entonces los hombres comprenderán que la vanagloria ha hecho mucho más víctimas que la ambición, que el odio y que la envidia, y en su Nirvana espiritual habrán confundido sus nombres oscuros para trocarlos en uno solo, que tendrá inflexiones de humanidad.

ORIGEN DEL . . .

(Viene de la Página 6)

Esta areng fue pronunciada sin orden ni concierto y testimoniaba la agitación que dominaba entonces al general que unas se dirigía a los diputados y otras a los militares que habían quedado a las puertas de la sala. Recobró sólo la serenidad al oír gritos a su favor, y al ver que contaba con la aprobación de la mayoría de los Ancianos. Entonces salió, pensando causar la misma impresión en los Quinientos. De todos modos, no dejaba de sentir temores al saber que éstos últimos había renovado con entusiasmo su juramento de fidelidad a la Constitución vigente.

Acababa de acordarse también preguntar a los Ancianos el motivo del traslado a Saint-Cloud cuando se recibió inesperadamente la noticia de la dimisión de Barrás que produjo gran asombro en la Asamblea. Se consideró el hecho como el resultado de una profunda intriga.

(CONTINUARA)

MOTORES COLPAN, S. A.

FORD — FALCON — ANGLIA — CONSUL

ATENTO SALUDO AL PUEBLO Y GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN SU DIA

4 de JULIO de 1970